

Oliva Rojas de Núñez, mi adorada maestra

Por Lilia Ramos

(Ensayo del libro inédito "Fulgores en mi ocaso".

Soy de las últimas. Me agrada la iteración de memorias dulces y también de las amargas para el sabor de los frutos cosechados en lid valerosa con la adversidad. ¡Cuánto me sirven unas y otras en mi labor educativa! Son una fuente llena de enseñanza que aprovecho en mi hacer cotidiano...

Cuando registró el archivo de infancia, halló imágenes limpias e íntegras, como si el tiempo nos las hubiera tocado. En otras descubro manchas o deformaciones y varias surgen pulverizadas. Entre las íntimas y transparentes se destacan las de Oliva Rojas de Núñez. Retrocedo a mis años tiernos. Soñadora, activa, muy sensible y amiga ferviente de la sabiduría para darla. Por esto, la escuela me significa un reino de ventura. Matricuada en el Edificio Metálico (1), llevo tímidamente a causa de mi presentación, me entona la acogida de Ester Silva, la directora de gratas evocaciones.

El goce es pasajero; el ideal forjado se quebra al topar con la maestra. Nos recibe de manera tan agresiva que me obliga a pensar en una de las brujas de mis cuentos. Acostumbrada a la sencillez de mi madre, tía Lolita y amigas, aquella mujer me choca. Lujo en vestido y zapatos en vivo contraste con la pobreza de sus alumnas. Maquillaje excesivo (2): ojos labios, mejillas... diadema ancha, pulsera sonantes y, ¡horror!: sendas en las piernas. Un trauma que tardará años y meses en cicatrizar y que para mí se convierte, en un siglo.

E. P. L. crea una atmósfera negativa: amenazas, castigos, sermones y, sobre todo, gritos acompañados con un gesto iracundo. Provoca indisciplina, un círculo vicioso que me migo general. El rendimiento es bajo. Para mí, las lecciones son la lluvia pertinaz; dormito y fantaseo. Es posible que algo semejante ocurra a algunas de mis compañeras, bien tras el bullicio o el escándalo no explote.

Mis padres juzgan que debo terminar el curso; después se buscará la solución adecuada. Inicio el nuevo con E. P. L. y estalla mi rebeldía. Mamá había sido colega de Esterita Silva, le formula el problema y ella muy comprensiva, le dice:

"Tengo informes de otras personas; estoy empeñada en que

E cambie. Dénle un lapso corto". No mejora y me sublevo hábilmente. Falta mucho en mi casa; abundan los libros y me complazco en aprender con avidez. La abrumo con interrogaciones que a veces no puede responder. Me declara la guerra hasta un día brillante en que se desembaraza del objetivo. La paz no se firmará nunca.

Desorden en nuestra fila, oímos un clamor. Luego va aproximándose, pero no la veo y entablo diálogo con amiga fuera del grado paralelo:

—¡Dichosa! Te envidio la maestra.

—Es buenísima. La mejor de todas.

(1) Aún no lleva nombres.

(2) Entonces en desuso.

—Yo detesto a la mía.

Un tirón de orejas me da la nueva de su presencia. Antes de que mi impulso de golpear la se produjera, me agarra las manos y:

—Oliva, te regalo esta ne-grilla odiosa.

—La recibo con los brazos abiertos, exclama apretándome y añade: Estercita no se opondrá. Voy a consultarla.

Ahora habito en un planeta férreo... ambiente amoroso con la música de su voz. El trabajo del grupo continúa siendo muy bueno. El mío es la novedad: entiendo, asimilo, guardo... cumpro y ayudo, funciones que en el período negro me eran ajenas. A nuestra felicidad contribuye el esposo de la "niña" Oliva; don Solón Núñez.

El atuendo simple y en os curo siempre, le da un sello de elegancia. Enjuto y pequeño, mirar triste y unas arrugas prematuras en la frente, como de sueños rotos; me impresionan mucho, como su gentileza. Nos conocimos su entrada: anticipamos el placer de escucharlo. También sus lecciones nos fascinan y nos parecen una exclusividad: nos habla de temas fuera del plan de estudios. Su lenguaje es claro, preciso, ilustra sus exposiciones y nos da su entusiasmo. Evidente su interés profundo en la medicina: imparte nociones y siempre se refiere a la salud pública. Nos transporta a un mundo enorme de inquietudes sociales; estos conceptos se graban en mi rententiva por que al regresar al lado de mi madre, los repito. La hechizan: caen dentro de la esfera de sus aspiraciones.

De súbito, un día nos sorprende una noticia. Conmovidísima la "niña" Oliva nos cuenta: don Solón acaba de obtener el

premio mayor de la lotería — 1910 u once—. Nuestro júbilo ruidoso apenas se aminoró con el llanto de la emoción. Una pausa e intuyo; hay algo más... Al fin nos enteramos: se irán a Suiza, él primero con el fin de emprender la carrera de medicina. Así va a colmar un anhelo viejo por el que ambos han venido luchando desde años atrás. Olvidamos la dicha de la pareja: nos atormentan dudas, temores y, sobre todo, la pena de su alejamiento.

Con elocuencia, ella apela a nuestra bondad para que recibamos muy bien a su vicaria. Exalta sus méritos y nos ruega que no alteremos nuestro proceder, del que se siente orgullosa. Un silencio de campo santo acoge sus palabras discretas. La elección justa de la directora evita el caos. La pulcra Talía Sánchez muestra una personalidad firme y llena de ternura. Al adivinarlo, nace un gran respeto; además, pronto sabremos que es de una comprensión enorme. Todo marcha sobre ruedas cuando la "niña" Oliva parte. Las clases de la substituta son amenas y estimulantes; nos mantienen activas. Ella ignora nuestras manifestaciones de melancolía, a pesar de no ocultarlas. No regaña ni acusa; nos gusta su caminar sereno, casi un vuelo. Y a menudo, con ella evocamos a la ausente. Un año y más bajo sus alas hasta finalizar la enseñanza primaria.

Hogño fantaseo a mi inolvidable maestra en tierras europeas: sus ojos inmensos y tan dulces abiertos a los prodigios, sin que olvide su tarea de alentadora. Todos sus allegados saben que ha sido la niña Egeria. La esposa modelo de don Solón: por su cariño de voto, la integridad y fuerza de carácter, por su espíritu de sacrificio. Siempre atenta a su bienestar, en las batallas formidables de ambos tras la superación y antes del arribo de la fortuna, jamás le permitió amilanarse... llegaba a la abnegación para que él pudiera vencer las dificultades. Se juramente: Solón Núñez. Frutos conquistará triunfos rotundos, de los que dan renombre a la patria dilecta.

Al otro lado del Atlántico, la maestra por excelencia vigila... Sigue nuestros pasos y me envía epístolas que leo a mis compañeras: el tenor amable y caudados es para el grupo. Durante la separación, me ocurren varias desgracias que la "niña" Oliva comparte en una distancia, que, en mis tribulaciones, yo centuplico. Una tragedia la muerte de mi madre a la que se juntan la dispersión de otros seres bienamados y problemas afectivos y económicos horribles. Me salvan los amigos y en 1922, gano el título de maestra normal. Todas mis condiscípulas tienen a sus padres o a otros familiares en el acto de graduación. Yo deberé volver a mi sitio luego de recibir el diploma y varios galardones. Veo que don Carlos Gaginij y América Herin se levantan y disfrutan de su congratulación parental y de inmediato, los brazos de mi "niña" Oliva me estrechan, sus lágrimas y las mías se unen para aligerar nuestro regocijo—pena...

Lejos o cerca, nunca una sombra ha empañado la gema de nuestros sentimientos. En mis victorias, siempre se alumbra el recuerdo tierno, suave y generoso de la "niña" Oliva. Y en cada oportunidad, mis labios pronuncian su nombre y las palabras; ¡Bendita sea!